



Acto de apertura del curso 2017-2018

Universidad Autónoma de Madrid

Intervención del rector Rafael Garesse Alarcón

Buenos días. Bienvenidas y bienvenidos a este solemne acto de apertura del curso académico 2017-2018. Espero que hayan disfrutado de sus vacaciones de verano y hayan vuelto a nuestra universidad con la motivación de comenzar un curso con nuevos retos y desafíos. Para muchos han sido unos días de descanso aunque empañados por los terribles atentados sufridos en Barcelona y en Cambrils.

Permítanme que en este inicio de mi intervención mencione la declaración de condena conjunta de la CRUE junto a la Plataforma Pacto por la Convivencia, un espacio de encuentro de un grupo plural de instituciones y de asociaciones de la sociedad civil española, en favor del fortalecimiento del conjunto del tejido social ante el avance de la radicalización en sus diferentes formas, entre ellas el terrorismo. La CRUE, a través de sus universidades, colabora en esta iniciativa, como actor fundamental para concienciar y formar a nuestro estudiantado

Lamentablemente, con motivo de los ataques terroristas el Pacto de Convivencia se reunió tras los atentados para programar una serie de actuaciones, entre las que se encuentra la difusión de un comunicado que se hizo público el pasado 29 de agosto bajo el título “Con las víctimas, en defensa de la paz y de la convivencia” cuyo contenido les animo a conocer.

El curso académico 2017-2018 en la Universidad Autónoma de Madrid viene sin duda marcado por ser un año de celebración. El Decreto-Ley 5/1968 de 6 de junio sobre medidas urgentes de reestructuración universitaria, publicado en el Boletín Oficial del Estado el 7 de junio de 1968, en su artículo primero anuncia la creación de una nueva universidad en Madrid con cinco facultades: Ciencias, Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales (sección económicas), Derecho, Filosofía y Letras y Medicina. Además de la UAM se crean la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y la universidad de Bilbao, que se denomina desde 1980 Universidad del País Vasco (UPV).

El próximo 2018 la UAM cumplirá por tanto cincuenta años. Quisiera que mis primeras palabras sean de sincero agradecimiento a todos los miembros de nuestra comunidad universitaria: estudiantes, personal de administración y servicios, personal docente e investigador, miembros del consejo social, de la Fundación de la UAM y personal contratado de los diferentes servicios de la universidad, que han trabajado con dedicación y entusiasmo en y para nuestra universidad durante estos años. Muy particularmente quiero transmitir mi agradecimiento y reconocimiento a los rectores y

rectora que han dirigido a la UAM desde sus comienzos, y en especial, al rector José María Sanz con el que he tenido la fortuna de colaborar como vicerrector durante los últimos 8 años. Como nos recuerda el escritor francés y premio nobel André Gide, en una frase que cita con frecuencia el físico español Pedro Echenique, "todas las olas del mar deben la belleza de su perfil a las que les precedieron y se retiraron". La UAM del curso 2017-2018 es sin duda el resultado de un trabajo colectivo apasionado, ilusionante y muy dedicado de innumerables olas, que la han ido moldeando durante los últimos cincuenta años.

Quiero, asimismo, manifestar mi profundo agradecimiento a nuestra académica compañera Inés Fernández Ordoñez por la magnífica lección inaugural impartida sobre los fundamentos de la identidad española, tema de gran actualidad, constantemente tergiversado por distintos intereses que han logrado desorientar a buena parte de la ciudadanía.

Inés, muchas gracias por iluminarnos en medio de tanta confusión, pues como decía el historiador británico, Paul Preston: "Quien no conoce su historia, está condenado a repetir sus errores".

Recordemos que nuestra Universidad se crea en un momento histórico y en un contexto socio-económico muy singular. En pleno auge de Mayo del 68, en plena efervescencia del movimiento hippie, y con la música de los Beatles y Rolling Stones convertidas en símbolo de una juventud que demandaba un cambio social. En aquel momento en España, que agotaba los últimos años del régimen franquista, existían doce universidades, diez de ellas creadas en el periodo comprendido entre 1218 y 1574, y dos creadas a principios del siglo XX, La Laguna y Murcia. La creación de las tres nuevas universidades en 1968 se enmarcaba en un proyecto de reforma de la universidad española promovido por el ministro de educación Villar - Palasí, y recogido en el libro blanco de la educación publicado en 1969, La educación en España. Bases para una política educativa. Uno de los aspectos que se trataba de solucionar en la reforma era la falta de investigación en las universidades españolas. Se pretendía con ello sustituir el modelo de universidad de raíces medievales y corte napoleónico, cuyas referencias eran las universidades de Bolonia y París, por un modelo de universidad Humboldtiano, cuya referencia era la universidad de Berlín y sobre el que se basa el concepto actual de research university.

Los comienzos de la Universidad Autónoma de Madrid fueron muy complicados. Aunque el lugar inicialmente seleccionado para su ubicación era Alcalá de Henares, se decidió posteriormente localizar la nueva universidad en Cantoblanco, cambio justificado por las ventajas que proporcionaba el acceso a través de la autovía de Colmenar (aún sin concluir) y el apeadero de Valdelatas, aunque diferentes informaciones justificaban la decisión en la necesidad de alejar un gran número de estudiantes de los focos obreros y centros urbanos. El plan inicial de construir una ciudad universitaria con todos los servicios asociados también desapareció. Se eliminaron del proyecto original las zonas cívicas, comerciales, residenciales y deportivas y el proyecto quedó reducido a la construcción de una universidad con servicios mínimos. La construcción se llevó a cabo, desde el punto de vista arquitectónico, bajo la llamada arquitectura brutalista, realizada en hormigón bruto, impulsada por el arquitecto suizo Le Corbusier y que tuvo su fase de expansión a nivel internacional entre las décadas de 1950 y 1970. Esta corriente sirvió de fuente de inspiración para la construcción, entre otros edificios civiles, de diferentes campus universitarios, podemos señalar a modo de ejemplos ilustrativos: el Centro

Tecnológico de Monterrey (México), la Universidad de Nanterre en París y en España la Universidad del País Vasco y nuestra universidad. Fueron unos edificios funcionales que hoy constituyen el “casco antiguo” de nuestro campus.

Mientras se iniciaban las obras, el curso 1968-69 dio comienzo en unas instalaciones provisionales en la Escuela de Ingenieros del Parque del Retiro y en un local del Instituto Nacional de Industria en la Casa de Campo. La Facultad de Medicina emprendió su andadura en el curso 1969-70, el primer año en las instalaciones de la Facultad de Ciencias de la casa de Campo, y el segundo en nuevos locales habilitados en la Clínica Puerta de Hierro y en un barracón situado en terrenos próximos a la ciudad sanitaria de La Paz, donde en 1970 se construiría la nueva Facultad. Por otra parte, el campus de Cantoblanco se inauguró en octubre de 1971, tras una construcción acelerada, y cinco años después, en octubre de 1976, se hundía la galería superior sobre el vestíbulo de acceso a la Facultad de Filosofía, originando graves daños materiales y personales.

A pesar de todas las dificultades iniciales, los comienzos de la UAM fueron años de una enorme creatividad e ilusión, que llevaron a ir acuñando poco a poco la expresión “soy de la UAM”, como algo distintivo que transmitía legítimo orgullo. A ello contribuyó el hecho de que la creación de nuestra Universidad estuvo impregnada de aires de cambio, con el enorme desafío de introducir en nuestro país un modelo de enseñanza superior diferente. Su primer rector, el jurista Luis Sánchez Agesta encargó la puesta en marcha de las nuevas facultades y departamentos a prestigiosos profesores e investigadores, algunos incorporados del extranjero como Severo Ochoa, Nicolás Cabrera, Alberto Sols, Federico Mayor, José María Segovia de Arana, Fernando Lázaro Carreter, Miguel Artola, Elías Díaz, Aurelio Meléndez, Francisco Tomás y Valiente y un largo etcétera.

La UAM se convirtió en una ventana abierta del sistema universitario español por donde entró aire fresco y constituyó un importante revulsivo, no solo en investigación, sino en docencia donde se introdujeron numerosas novedades, evolucionando a una enseñanza con fuerte componente práctico, y con la introducción de metodologías basadas en el razonamiento, la resolución de problemas o la integración de materias tradicionalmente independientes. Este impulso inicial tuvo su continuación con la expansión posterior en los nuevos edificios de Biología, Psicología, Derecho, la Escuela Politécnica Superior, los centros de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, propios y mixtos, un modelo que posteriormente se continuó en numerosos campus universitarios, los Institutos Madrileños de Estudios Avanzados, las instalaciones del Parque Científico de Madrid, y varios centros de investigación y docencia propios de la universidad. A ello hay que sumar las residencias universitarias, la escuela infantil y el colegio público Príncipe de Asturias, que configuran nuestros dos campus de Cantoblanco y Medicina en la actualidad.

Si analizamos con la perspectiva de los cincuenta años transcurridos, la Universidad Autónoma de Madrid constituyó un modelo de éxito, introdujo numerosas novedades en el sistema universitario español y ha desempeñado un importante papel en el desarrollo de la ciencia y la educación superior en nuestro país. Para ello se dieron al menos tres ingredientes diferentes, valentía para afrontar los importantes retos y desafíos de la época, implicación de toda la comunidad universitaria en un proyecto común y una ilusión desbordante.

Nuestro cincuenta aniversario de la UAM debe constituir por tanto un tiempo de justificada alegría y celebración, pero también nos ofrece la oportunidad de ser un tiempo de necesaria reflexión.

Sin duda el contexto actual de la enseñanza superior y la ciencia en nuestro país es completamente diferente al que se encontraron hace cincuenta años los fundadores de nuestra universidad. De un escenario con doce universidades públicas y dos privadas a principios de los años 70, hemos pasado en la actualidad a un sistema universitario formado por 50 universidades públicas y 26 universidades privadas. Solamente en la Comunidad de Madrid existen catorce universidades: seis públicas y ocho privadas. El modelo de universidad humboldtiana ha prevalecido, y el concepto de research university ha sido adoptado de forma universal. La puesta en marcha de los Planes Nacionales de Investigación a finales de los años 80 (actualmente Planes Estatales) ha originado un desarrollo de la ciencia en nuestro país sin precedentes, en el que las universidades desempeñan un papel muy relevante, con una contribución del 60% de la producción científica nacional. Asimismo, la adaptación al espacio europeo de educación superior a finales de los años 90, ha introducido una importante homogeneidad en los planes de estudio, y ha multiplicado de forma importante la oferta docente. En este nuevo escenario ¿Qué retos y desafíos debe plantearse la UAM? ¿Cómo debemos mirar al futuro? ¿Qué papel debe desempeñar la UAM en el contexto universitario del siglo XXI? ¿Tenemos abiertas ventanas por las que sigue entrando aire fresco? En definitiva, ¿Con que objetivos afrontamos este nuevo curso 2017-18 que hoy inauguramos?

En un interesante informe elaborado por un grupo de expertos independientes, publicado en julio de 2017 y titulado Investing in the European future we want, proponen numerosas actuaciones agrupadas en once recomendaciones, entre las que destacan dos: en primer lugar, priorizar la investigación y la innovación en los presupuestos nacionales, y doblar el presupuesto del noveno programa marco de I+D+I, el sustituto del actual programa Horizonte 2020; y, en segundo lugar, invertir en educación y en los jóvenes, que constituyen el futuro de la Unión Europea. Defienden la necesidad de una renovación urgente de las universidades, que necesitan en su opinión, modernizarse.

Otros informes recientes también apuntan en la misma dirección, y es difícil encontrar en la historia moderna un periodo en el que la exigencia a la universidad sea tan grande en todas sus misiones: docencia, investigación, transferencia e innovación, cohesión social, internacionalización e integración territorial. En definitiva, en motor del desarrollo de una sociedad que evoluciona a un ritmo cada vez mayor. Estamos probablemente viviendo una época donde el modelo de research university, que se implantó en nuestro país en la década de los 70, y al que tanto contribuyó la Universidad Autónoma de Madrid se esté reformulando y dotando de un mayor contenido. Una vez más, en este comienzo del curso 2017-2018, nos encontramos ante un importante desafío que es necesario afrontar con reflexión colectiva y valentía.

La docencia constituye la esencia de la institución universitaria y el acceso al conocimiento se ha universalizado. Las clases magistrales como principal medio de enseñanza va perdiendo protagonismo a gran velocidad, lo que no quiere decir que el contacto directo profesor-estudiante pierda vigencia. Al contrario, se está volviendo a recuperar el valor de los auténticos maestros, que son capaces de orientar a sus estudiantes, guiarles en la búsqueda de soluciones, ayudarles a razonar adecuadamente, dotarles de recursos para que puedan manejar la información de forma dinámica. Y estimular su curiosidad, auténtico motor del aprendizaje. La universidad necesita más que nunca la innovación en docencia, la introducción de los nuevos métodos que la era digital está desarrollando, la creación de nuevos espacios de aprendizaje. Esta nueva actitud debe ser liderada por un profesorado con vocación y

talento, capaz de introducir los cambios que los estudiantes y la sociedad reclaman. Necesitamos motivación.

Ramón Gener, escritor y director del famoso programa de televisión This is Opera en su libro publicado recientemente "El amor te hará inmortal" describe un episodio de la vida del gran director de orquesta italiano Ricardo Muti. Cuando recogió el premio al "Músico del año 2010" en el Lincoln Center de Nueva York, afirmó que dirigir una orquesta no consiste solo en llevar el tempo o marcar el compás, como dirían los más antiguos; eso puede hacerlo cualquiera. El director de orquesta tiene la difícilísima tarea de extraer de los músicos los sentimientos que tienen a buen recaudo en sus almas. Extraer sus sentimientos y sus emociones, no las notas. Tocar notas es muy fácil, pero hacer música...., eso ya es otra cosa. Estoy convencido que el director de orquesta y el buen profesor, comparten muchas cosas. Un profesor y una buena universidad no tiene solo que transmitir el conocimiento, eso es muy fácil. Al igual que el director de orquesta, tiene que extraer lo mejor de sus estudiantes.

Otro apartado relevante en el área de la docencia es la adecuación de las enseñanzas a las necesidades de la sociedad, un aspecto muy relacionado con la empleabilidad de los futuros egresados. Pero siempre sin descuidar una oferta formativa que proporcione conocimientos sólidos en las grandes áreas de conocimiento: científicas, humanísticas, tecnológicas y de ciencias sociales y jurídicas.

En el curso que comenzamos la oferta docente de la UAM consta de 53 grados, 114 estudios de posgrado, 58 títulos propios y 12 programa de estudios internacionales. A ello hay que sumar los cursos y programas disponibles en la universidad de la experiencia, y los MOOC`S ofertados en la plataforma edX que son seguidos por un número creciente de estudiantes internacionales.

A nuestra universidad se incorporan este curso 5487 nuevos estudiantes de grado, cada uno de ellos con una mochila cargada de sueños e ilusiones. Os doy mi más calurosa bienvenida a vuestra nueva casa, y confío que esta nueva etapa de vuestro viaje esté llena de nuevas aventuras y alegrías.

La enseñanza superior debe basarse ineludiblemente en una investigación de calidad, de otro modo perdería completamente su sentido. En el ámbito de la investigación y la innovación, el nuevo Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación 2017-2020, aún en fase de borrador, plantea un modelo de ciencia abierto y responsable, con una mayor participación de la sociedad civil y potencia la investigación orientada a la resolución de retos sociales, y la investigación guiada por la curiosidad, motor del aprendizaje pero también sin duda de la investigación. Un gran reto de nuestra universidad para el curso que comienza es apoyar decididamente a nuestro profesorado para que pueda desarrollar una investigación de calidad en todas las áreas de conocimiento, tan necesaria, en un entorno cada vez más competitivo.

A los dos retos anteriores, en docencia e investigación e innovación, hay que añadir un tercero: es el de la responsabilidad social. A él me referí extensamente en la clausura del curso académico 2016-2017, donde afirmaba que el compromiso social en sus diferentes vertientes debe ocupar un lugar central en nuestra universidad. En el curso 2017-2018 queremos seguir avanzando en los programas de cooperación y desarrollo destinados a fomentar la responsabilidad y la capacidad de transformar la realidad de la sociedad y del mundo en el que vivimos. Debemos apostar por la cultura, y apoyar el

desarrollo de acciones destinadas a fortalecer una universidad alineada con los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Nuestro cincuenta aniversario llega en un periodo de enormes desafíos junto a una crisis económica que no termina de finalizar; en un país y una Comunidad Autónoma que no parece tener, a nuestro entender, la educación superior, la ciencia, la transferencia y la innovación tecnológica y social entre sus prioridades. Por un lado se solicita que la universidad desempeñe una función central en el desarrollo de nuestra sociedad, sin embargo los apoyos económicos y estructurales no llegan. No deja de sorprender que el momento para hablar de las universidades en los medios de comunicación sea la publicación de los diferentes rankings internacionales, y no precisamente para resaltar el innegable éxito en eficiencia de un grupo de universidades españolas que a pesar de sus escasos recursos han logrado situarse entre las 500 primeras posiciones, sino para criticar duramente que ninguna aparezca entre las 200 primeras. Los datos así lo confirman. Según el Portal de Gasto Público, del periódico Expansión, en donde aparecen en materia de Educación los porcentajes destinados por los Gobiernos de todo el mundo en 2016, podemos observar, si elegimos una pequeña muestra de países con los que nos medimos en los rankings, que en Europa: Alemania invierte un 11,14% sobre el total de su presupuesto, lo que equivale al 4,95 % de su PIB. Francia el 9,66%, el 5,49% de su PIB. Suiza el 15, 53%, el 5,10% del PIB. EE.UU el 14,55, el 5,38%. Y España el 9,50%, el 4,27% de su PIB, por debajo de todos los demás mencionados. Por otra parte, Madrid es la región que tiene el gasto público en educación más bajo de todas las comunidades, apenas llega al 3% del PIB regional. La financiación del sistema universitario público no llega en porcentaje de PIB a mitad de la media de los países de la OCDE. Estos son los datos que entre todos tendremos que ser capaces de cambiar y hacer entender a nuestras autoridades políticas que la inversión en educación es invertir a medio y largo plazo en la creación de riqueza social y del conocimiento.

Tener una gran universidad es indudablemente muy caro, pero para un país, para una región, es mucho más caro no tenerla!

Por todo ello, no es de extrañar que exista cierto desánimo en los diferentes colectivos de la comunidad universitaria. Es fácil caer en la tentación de considerar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero fueron también tiempos de desafíos.

He tratado de analizar brevemente dos periodos diferentes y dos contextos sociopolíticos diferentes, el comienzo de nuestra universidad y el que vivimos actualmente, cincuenta años después. Dos épocas de enormes desafíos. Y me gustaría afirmar con convicción que cualquier tiempo pasado no fue mejor. Y también que el futuro está en nuestras manos y que será mucho mejor.

Permítanme llegados a este punto pedir una reflexión para poder proyectar en siglo XXI una universidad pública de referencia, reivindicando lo que en mi opinión son los valores que hemos heredado en estos cincuenta años de soy de la UAM: valentía para afrontar los retos y desafíos, implicación de todos y de todas en un proyecto común y una ilusión desbordante. Tenemos una gran oportunidad.

Muchas gracias por su atención. Queda inaugurado el curso 2017-2018